

En efecto, llegan aquí los figurines, el primer surtido de invierno, y toma el rábano por las hojas la clientela de las modistas, incitada al gasto por ellas, que naturalmente quieren vender. En vez de pensar las señoras si están en el caso de armonizar con el sombrero la vida, sueñan quizás, ante el armatoste de terciopelo ó fieltro, más empenachado que cimera heráldica, otra vida, una existencia de triunfos de elegancia, de sugestiones envidiosas, de gran *chic* á todo trapo. Y aflojan los quince, los veinte duros, y el cartón llega á la casa modesta, y queda depositado sobre el sofá de yute, al lado de la pieza de madapolán que han enviado de otra tienda, para hacer camisas baratas, á máquina y á domicilio. No se sabe dónde colocar el magnífico sombrero: no hay armario en que quepa: es preciso que los chiquillos no lo manoseen, que se evite la curiosidad de la fámula. las preguntas y las admiraciones de la vecina del tercero. En consejo de familia se exhibe la prenda: ¿es bonita?, ¿es original?, ¿cae bien? El esposo tuerce el gesto, porque le duele el bolsillo; las niñas encuentran el sombrero algo «atrevido» para mamá; la hermana habla de otro idéntico que ha visto en otro sitio y que cuesta cinco duros menos, ¡cinco durazos! Llega el día de estrenar. Es de rigor que haga buen tiempo, que se reúnan determinadas circunstancias, y que toque ir de visita á casa de las amigas á quienes es sabroso *epatar* (galicismo irremplazable y horrendo!) Y la señora se echa á la calle, empavesada—pero sin que el resto del atavío corresponda al sombrero ni por semejas,—caminando despacio y oscilando las plumas á cada paso que da, como las de la condesa de Carrión en los bufonescas *Campanas...*

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguna vez las modas (asunto que parece frívolo y no lo es tanto como parece) se imponen á la crónica de actualidad, no porque ésta trate de hacer competencia á los artículos de fondo de los figurines, sino porque en la vida, cuya trama da tela á la susodicha crónica, la cuestión de las modas ocupa lugar, cada día en mayores extensiones del globo—síntoma también muy revelador y elocuente.

Sin ser corta, tampoco es mi vida la de un patriarca Matusalem, y en ella cabe ya el recuerdo de épocas en que la moda estaba muy circunscrita y en que el trapo no influía la centésima parte que hoy. La nivelación casi absoluta del modo de vestir amaga á Europa, introduciendo en las diversas clases sociales fermentos de inquietud y corrupción. Sólo un poco de buen sentido y mucho de buen gusto podrían poner diques á esta marea de lo que no llamaré lujo, pero sí desorden en la indumentaria.

Vaya un ejemplo. De los artículos más desquiciados en la vestimenta, es el sombrero de las señoras. Ya sé que este es un tema muy resobado, pero se nos impone con aflictivo apremio.

¿Cuál es el objeto del sombrero?, empecemos por preguntar. Distinguir á las «señoras» del pueblo, de las «artesanas» (esto acaso en primer término); rematar la *toilette*, y cubrir y resguardar (en último término, naturalmente) la cabeza.—Fijémonos en cada uno de estos fines, y en cómo los llena la moda de 1908-1909.

Habría, por lo pronto, que especificar en qué (además del sombrero) se diferencia una «señora» de una «artesana». Dejémoslos de conceptos morales, de si es ó no es señora la que se conduce de un modo ó de otro, de si la que está en su casa es tan señora como, verbigracia, la princesa de Mentzikoff; olvidemos que la cortesía da el nombre de *señoras* á las mujeres ocupadas en labores humildes..., y tomemos como norma vulgar del «señorío» el hecho de que una mujer sea lo bastante rica ó acomodada para no necesitar dedicarse al trabajo manual. Es decir, que la «señora» empieza donde empieza la clase media desahogada; y es decir, que, siendo innumerables las mujeres de la clase media laboriosa y menesterosa, hay en realidad muchas menos señoras de lo que acaso se pudiese suponer, y debían gastarse más pañolitos que sombreros (toda vez que cayó en desuso la mantilla nacional).

Hablo de España. En Francia el sombrero es el tocado usual y corriente, y las francesas pobres tienen el arte de arreglarse unos sombreritos baratos y adecuados á su objeto, con los cuales están graciosas y monisimas.

No sucede otro tanto aquí. Como entre nosotros el sombrero no es indígena, sino trasplantado, las mujeres que lo usan sin poderlo usar, sin deberlo usar, pagan la pena llevando cada pantalla y cada serón de higos que horripila. No hay adaptación al sombrero sino en las clases donde, como indiqué, el sombrero puede salir á escena con el aparato que su argumento requiere.

Todo ello significa que el sombrero no puede comprarse sólo porque tenga novedad y muchas «fantasías»; y que, si se da de cachetes con todo el resto de la situación que ocupa la mujer, es buena mente ridículo. La mujer que va en coche puede permitirse sombreros que están vedados á la infantería. La mujer que adquiere cinco ó seis sombreros á principio de estación, puede dar rienda suelta al capricho, lo cual no le es lícito á la que ha de contentarse con uno solo. El sombrero (es elemental) ha de guardar relación con las ocasiones de usarlo.

Esta misma afirmación es censura de las locas exageraciones de los sombreros actuales, que convierten á la mujer, escurrida por abajo é inmensa por arriba, en clavo romano, hongo disforme ó sombrilla japonesa abierta. Noto que acabo de decir que la mujer en coche está facultada para excederse en el sombrero, y me apresuro á rectificar. Con los sombreros del día, tendrá que ir siempre en coche abierto; de otro modo, no cabe, ni por la portezuela ni ya sentada en el interior. Y ¿sabéis la íntima desolación de la mujer á quien se le tuerce el sombrero? ¿Sabéis el martirio de las horquillas desbaratadas, del peinado revuelto, de las agujas que se hincan en el cráneo?

Natural parecería—si la mujer mirase por su bienestar, no opuesto, al contrario, á su atractivo y seducción—que jamás hubiese consentido sombreros que, ó por sus desmedidas proporciones ó por su forma ilógica, son una tortura. Sombrero hay que no se sabe cómo ni por dónde fijarlo en la cabeza. Sombrero hay que pesa un *kilo*, *kilo* y medio... con los accesorios. Sombrero hay que guña irremesiblemente hacia un lado, por haber recargado en él la modista el adorno, por ende el peso, y existir, mientras no se demuestre científicamente lo contrario, la ley de gravedad...

Para consolarnos de todas estas imperfecciones, sobras más bien que faltas, nos dicen los periódicos que han sido lanzados á la circulación sombreros de un metro cincuenta de diámetro, tres de circunferencia, y tres mil francos de coste.

Demos por seguro que se trata de una extravagancia estrepitosa, destinada á lanzar por el reclamo y el alboroto á una actriz, á una hétera ó á una chiflada suelta, de esas que necesitan el ruido y el asombro de los papanatas. Aun así, convengamos en que es *síntoma*, como lo es también el escurrido de las faldas y los ligamentos y plomos que les prestan la «silueta de tirabuzón» (¡otro galicismo crispante!) reclamada por la moda.

No soy yo nada enemiga de que la moda impere. Ello ha sucedido siempre, y no se adaptan á sus exigencias las mujeres tan sólo: los hombres las acatan, so pena de ir hechos unas estantiguas. Sin embargo, ciertas modas y ciertos estilos van contra lo poco que ha progresado la mujer. Observemos cómo la moda encierra un sentido simbólico. En Turquía el velo, en China la deformación del pie, son el símbolo de la sujeción y del atraso de las hembras. Si en Europa prevalecen hechuras que imposibilitan á la mujer para andar, entrar, salir, moverse, hacer

vida activa, en suma, es lo mismo que desandar los cortos pasos andados y volver á los tiempos de la pierna quebrada, las rejas y los cerrojos. La esclavitud femenina está apuntalada también por la moda.

Debiera establecerse un Sindicato de señoras elegantes—en los países donde se confeccionan los modelos y se guisan las novedades—para rechazar enérgicamente toda innovación contraria á la comodidad. Que discurren y varían sin causar molestias, sin atentar á lo más precioso, la salud y la facilidad del existir. Esas señoras sindicadas imponiéndose á los modistos, haciendo el vacío á las invenciones funestas, serían más útiles á su sexo que las sufragistas—ó por lo menos, tanto.

Al lado de las faldas de medio paso con cola delante y detrás y los sombreros aeroplanos, parece que ha asomado, tímida y sin probabilidades de victoria, una tentativa de falda-pantalón.

Relativamente á la *divided skirt* y á las *turkish leglettes* ó bombachos de hace años, de las cuales hablé entonces en *El Imparcial*, pareceme la falda-pantalón un retroceso. Ni es cómoda, ni es decente; ventajas que la *divided skirt* (falda partida) reunía por completo. Creo, no obstante, que no es necesario poner en prensa el discurso ni hacer cosas raras para conseguir que el traje de la mujer no la incapacite para andar. Las faldas *trotonas* son excelentes sin más que acortarlas todavía un par de dedos, especialmente en la estación lluviosa. Llevar faldas no es ni malo ni bueno; lo terrible es llevarlas arrastrando por el barro, ó quedarse manca por levantarlas incesantemente. Se diría que un adarme de razón comienza á sazonar el cerebro de las mujeres, en vista de que han adoptado las trotonas y se han encariñado con ellas. Por tal camino llegarán á la reforma racional del traje.

Como todas las reformas, si han de ser duraderas, esta del traje tiene que apoyarse en la tradición, y no hay nada más tradicional que las faldas mujeres. No conviene renunciar á ellas; son prácticas y tienen sus razones de ser anatómicas. La falda partida respondía á muchas exigencias, y en su forma se diferenciaba poco de la falda trotona sin partir; pero asustaba á los filisteos aquellos de que habló Heine, y los filisteos también merecen algún respeto, siquiera porque son como aquellos adornos del sombrero á que nos referíamos antes, y que lo inclinan á la derecha ó á la izquierda con su pesadumbre. Todos los inconvenientes se obvian con agarrar las tijeras y acortar las faldas á la altura del tobillo, cuando se quiera andar á pie, andar aprisa, no recoger gérmenes infecciosos y no ir remangando y apretujando la ropa contra las formas del cuerpo, unas veces demasiado eúritmicas y otras demasiado... visibles.

Y vuelvo á decirlo: en los salones no rigen estas leyes. Allí no importa pisarse la vestimenta al andar, ni que le planten una bota encima á la creación de los sucesores de Paquin ó de cualquier otro engatusador de señoras. Mejor; el comercio marcha. En los salones se va á eso, á lucir y estropear ropa, y á inclinarse ante todo lo estorboso, inútil y nocivo, con tal que sea bonito, ó que lo parezca en determinado momento y en virtud de las corrientes del gusto reinantes.

Así, la futura duquesa de los Abruzzos hace bien en derrochar millones en su discutido y celebrado equipo de boda. Puesto que esos millones no le eran necesarios, los tira así, como podría tirarlos de otra manera y con menos lucimiento. ¡Va tanto de mujer á mujer! Y ese país nuevo, los Estados Unidos, creyéndose que sin clases, sin aristocracias, ha venido únicamente al estadio de la historia para confirmar, con la desigualdad esencialísima del dinero, la noción de la imposibilidad de todas las igualdades.

He ahí una *miss* á quien se le pone mala cara en un palacio, y no sé si orgullosa ó si implorante, desfiende su causa por medio de alenzones, venecias, valencienes (sáqueme Cavia del apuro), malinas, batistas, tules, diamantes y perlas. La antigua pastorcita á quien despojaban del zagalejo encarnado para vestirla de manto real, se ha convertido en la plutócrata dorada á fuego é incrustada de pedrería, que viene acaso á reirse disimuladamente del ajuar y el guardajoyas de las reinas del viejo mundo... Entrará en el Quirinal la *miss*, dando dentera y picando los ojos á las damas que pasan apuros para refrescar los pingos..., y sonreirá complacida al extender la cola de su traje nupcial, salpicada de azahares y toda rebordada de plata. Es la paloma mensajera de un Estado democrático, y es la negación de cuanto esa democracia representa, porque el oro es rey, emperador, señor feudal, cómitre y cabo de vara de la humanidad mísera...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.